



G. Staal del.

Imp. P. Barthelemy, rue de Valenciennes, Paris.

A. Thibault sc.

LA
DUQUESA DE BORGONA

Estas *Cartas* y esta *Noticia* (1) que desde hace ya algunos días tienen una semipublicidad de salon, forman parte del tomo de *Misceláneas* que la *Sociedad de los Bibliófilos* publica para el presente año y está viendo la luz en este momento. La Sociedad de los Bibliófilos, fundada en 1820 por los señores de Châteaugiron, de Pixérécourt, Walckenaer y otros literatos ó aficionados distinguidos, es una institucion esencialmente aristocrática que supone dinero, ocio, gusto á las cosas bellas y á las raras, á esas curiosas superfluidades que tienen relacion ó conducen á los estudios serios. Si quitáis el ocio, ha dicho Ovidio, suprimis todo el arte del amor; y yo añado: Suprimis todas las aficiones delicadas y los gustos nobles. Treinta años hace que existe la Sociedad de los Bibliófilos y por cierto que no da señales de perecer. La afición á los libros no ha hecho más que aumentar en estos últimos tiempos, y los que asisten de dos años á esta parte á las ventas públicas saben bien si, en esta parte, ha declinado el precio

(1) *Cartas inéditas de la duquesa de Borgoña*, precedidas de una *Noticia* sobre su vida, 1850.

corriente en lo más mínimo. Esta Bolsa se ha sostenido más firme que la otra, y ayer mismo, á pesar de la eleccion del 28 de abril (1), hubo librito del siglo xvi que se vendió más caro, más locamente caro que en los tiempos prósperos de la monarquía. Nada es semejante á la pasion para hallar á todo trance aquello que la satisface, sobre todo cuando en la pasion entra una pizca de manía.

Los poetas han usado esta voz *mania* con honor, y se supone que tambien yo la uso aquí en ese sentido. La Sociedad de los Bibliófilos (vuelvo á ella) ha sido pues instituida « para sostener y propagar la afición á los libros, publicar ó reproducir las obras inéditas ó raras, sobre todo aquellas que pueden interesar á la historia, la literatura ó la lengua, y para perpetuar en sus publicaciones las tradiciones de la antigua imprenta francesa. » Hasta ahora no ha faltado á su programa. Ha publicado, desde 1820 hasta 1834, siete tomos de *Misceláneas*, que contienen piezas de la edad média, cartas ú opúsculos de personajes célebres. El único inconveniente de estos primeros tomos de *Misceláneas*, es el de ser casi inhallables para el vulgo de los lectores, pues se ha reducido su tirado á un número cortísimo de ejemplares, y solamente para tantas personas como miembros habia en ella. La Sociedad ha publicado despues (1844) una magnífica coleccion de grabados que representan los *Naipes* de todos los países del mundo, y desde entónces ha entrado en una via de publicacion más amplia, más abierta y accesible á todos; ha tenido razon. En este siglo es menester que en todo tenga su partelo útil, aun en lo raro y selecto; es menester hacerse perdonar cada distincion con algun título cerca del gran número. El *Ménagier de Paris*, publicado hace tres años, en nombre de la Sociedad, bajo la vigilancia de M. Jérôme Pichon, ofrece un tratado curioso de moral, de urbanidad honesta y de economía doméstica, redactado todo él por un buen vecino de París del siglo xiv, para guía de su jóven esposa. Este libro nos introduce en el seno de una familia rica y honrada de entónces y se saben todos los pormenores como si se hubiera vivido con ella. En otro género muy distinto, la Sociedad va

(1) Alguna eleccion olvidada ya y que parecia ultrademocrática.

á publicar los *Cuentos de la Reina de Navarra*, revisados con los manuscritos á la vista. El encargado de este trabajo es M. Leroux de Lincy, á quien se deberá esta edicion verdaderamente primera y original. Sólo entónces se podrá formar juicio acerca del libro de la ingeniosa reina, el cual, segun me aseguran, ha sido desfigurado de un modo extraño por todos los editores, incluso los primeros.

La Sociedad de los Bibliófilos se compone en todo de veinticuatro miembros. Si se recorre la lista actual, impresa á la cabeza del tomo de *Misceláneas* que anunciamos, se distinguen en ella nombres de aficionados muy justamente conocidos porque han sabido reunir colecciones únicas en su clase; M. Cigongne, por ejemplo, que posee el gabinete más completo y bello de antiguos poetas franceses. En medio de todos estos nombres, algunos de los cuales son de los más doctos y pertenecen á la Academia de las inscripciones, se felicita uno de encontrar dos mujeres, una á quien el genio del arte ha dotado al nacer y que, entre mil gracias naturales, tiene la del dibujo y la pintura; y otra á quien le basta querer, para poner una pluma clara y fina al servicio del entendimiento más delicado. Como todo eso se halla impreso y publicado, no veo la razon por que he de hacer de ello un misterio, pues no hay dos maneras de publicar. Estos dos nombres de mujeres, que honran la lista de la Sociedad de los Bibliófilos, son los de madama Gabriel Delessert y de la señora vizcondesa de Noailles; y para ser indiscreto hasta el fin, añadiré que no es la primera la autora de la *Noticia* sobre la duquesa de Borgoña, *Noticia* que es á la vez de un miembro de la Sociedad y de una mujer. Adivínelo ahora quien pueda.

María Adelaida de Saboya, duquesa de Borgoña, que estuvo casada con el nieto de Luis XIV y fué madre de Luis XV, ha dejado tras de sí muy agradable memoria. Pasó por el mundo como una de esas vivas y rápidas apariciones que la imaginacion de los contemporáneos se complace en engalanar. Nacida en 1685, hija del duque de Saboya que le trasmitió algo de su habilidad y quizas de su astucia, nieta por su madre de esa amable Enriqueta de Inglaterra, cuya muerte inmortalizó

Bossuet y cuyo encanto parecia resucitaba, vino á Francia á la edad de once años, para casarse con el duque de Borgoña que tenia trece (1696). El casamiento se celebró el año siguiente, pero por mera forma, y durante algunos años sólo se ocuparon en la educacion de la jóven princesa. Madama de Maintenon se consagró á ello con todo el esmero y perseverancia de que era tan capaz. No dependió de ella si la duquesa de Borgoña no llegó á ser la más ejemplar de las alumnas de Saint-Cyr. Es cierto que la vivacidad y las agudezas de la princesa solian frustrar algo á veces sus consejos tan bien concertados por la prudencia, y que á cada instante se salia del cuadro que se le queria trazar; pero, en medio de todo, adelantaba, pues las cosas serias se deslizaban hasta en los placeres. Para ella se representaron en el cuarto de madama de Maintenon piezas santas, algunas de Duché pero sobre todo *Athalie*. La duquesa de Borgoña representaba un papel en ella:

« Esta diversion, dice el autor de la *Noticia*, se renovó á menudo » y con éxito... La vida de la duquesa de Borgoña hasta 1703 fué » pues una serie no interrumpida de placeres escogidos y de instruccio- » nes exquisitas. Jamas princesa alguna supo aprovecharse mejor » de ellas. Desde el dia de su llegada hasta el en que fué arrebatada á » la Francia, no hizo, por decirlo así, sino marchar de triunfo en » triunfo. Despues de haber sido niña deliciosa, creció sin dejar de » ser encantadora; su entendimiento se desarrolló á la par de su estatura, y su juicio, cada dia más adelantado, prometia una madurez precoz. Se pueden observar sus progresos en las cartas de madama de Maintenon, cuya ternura la vigila con tanta solicitud. Saint-Simon, » desabrido cuando censura, encuentra para alabarla gracias que » parecen inspiradas por ella; Dangeau la hace amable con la mera » relacion de sus menores acciones. »

Este es el aspecto bello, el aspecto ostensible y enteramente gracioso; pero si no la viéramos más que por ese lado, quizas tendríamos un concepto sobrado lisonjero de las prendas morales de la jóven princesa, el concepto de una cosa muy perfecta, y ni tampoco se percibiria bastante cuán grande era su encanto, puesto que tenia que

triunfar de ciertos defectos y ciertos lunares de los cuales será conveniente hablar. Miremos pues de algo más cerca, y dejémonos guiar por el autor mismo de la *Noticia*, sin perjuicio de ser más osados ó más indiscretos en algunos puntos.

La princesa que vino á Francia á la edad de once años, habia recibido ya en Saboya cierta educacion, sobre todo la que era necesaria á los príncipes y la naturaleza por sí sola suele dar á las mujeres, el deseo y el cuidado de agradar. Llegó á Montargis el domingo 4 de noviembre de 1696. Luis XIV habia salido de Fontainebleau despues de su comida y se encontraba en Montargis para recibirla con su hijo, su hermano y los principales personajes de su Corte. Para formarse idea cabal de lo que era entónces la representacion y de la importancia que se daba á todas estas cosas, reemplazadas despues por otras que creemos mucho más sensatas y que llegarán á serlo quizas, es menester leer la relacion que hace Dangeau de esta primera entrevista:

« La princesa, dice el fiel historiógrafo, llegó á cosa de las seis. » El rey bajó de su aposento, la recibió al pié de su carroza y me dijo: » *Por hoy tendréis á bien que yo ejerza vuestro cargo.* Abrazó á la » princesa en la carroza y la dió la mano para apearla. Luego la condujo á la habitacion preparada para ella, presentándole en el camino » á Monseñor, Monsieur y M. de Chartres; la princesa le besó varias » veces la mano al subir la escalera. El gentío era tan grande y los » cuartos tan pequeños que el rey, despues de haber permanecido allí » algun tiempo, hizo salir á todo el mundo y luego volvió á su » aposento, donde me dijo que iba á comenzar á escribir á madama » de Maintenon lo que pensaba de la princesa, y que acabaria de escribirle despues de cenar, cuando la hubiese visto aun mejor. »

Luego vamos á ver esa carta que con tanta premura escribe Luis XIV. Parecerá que se formaba demasiado pronto un juicio y una impresion; pero esta primera impresion era en efecto de rigor en una Corte y una escena donde lo esencial era agradar al entrar y seguir representando siempre. « Me tomé la libertad, añade Dangeau,

de preguntarle cuando volvió á su cuarto, si estaba contento de la princesa; me respondió *que lo estaba demasiado, y que le costaba trabajo contener su alegría.* » Un cuarto de hora despues volvió el rey á verla: « La hizo conversar, *miró su cintura, su garganta y sus manos,* y añadió: *No quisiera cambiarla en nada absolutamente de su persona.* La hizo jugar con las damas á los palillos delante de él, y admiró su destreza. » La examina ni más ni ménos como á un bonito animal, como pudiera hacerse con una gacela. Vinieron á prevenir que la cena estaba servida, y durante ella no cesó el rey de hacer elogios sobre el aire noble de la princesita y sobre *la manera como comia.* « Miéntas estuvo en su gabinete ántes de cenar, el rey permaneci6 siempre en una sillita y la hizo estar á ella en un sillon, diciéndola: Señora, hé ahí cómo es menester que estemos siempre, con toda libertad. » Aquí ya se deja ver algo más el abuelo y el bonachon, pero no hay que fiarse, pues no es más que el anciano que quiere acceder á que le distraigan y diviertan; gran chasco se llevaria el que de ello dedujera gran cosa respecto de la ternura. Ántes de acostarse, el rey concluyó esa inportante carta dirigida á madama de Maintenon, en la cual hacia minuciosa relacion de la persona y de los menores movimientos de la princesa; era el negocio de Estado del momento. El original de esta carta de Luis XIV existe en la biblioteca del Louvre, y el autor de la presente *Noticia* la da textualmente. Leamos pues el estilo puro de Luis XIV, ó mejor dicho, escuchemos cómo conversa y refiere el gran rey: lenguaje excelente, claro, exacto y perfecto, términos propios, buen gusto supremo en todo lo que sea exterioridad y aparato, así como en lo que dice relacion á la representacion real. Respecto al fondo moral, es escaso y mediano, preciso es confesarlo, ó más bien falta por completo. Pero leamos:

« He llegado aquí (á Montargis) ántes de las cinco, escribe Luis XIV á madama de Maintenon. La princesa no ha venido hasta despues de las seis. He ido á recibirla á la carroza; ella me ha dejado hablar el primero, y despues me ha contestado muy bien, pero con una pequeña turbacion que os hubiera gustado. La he conducido á

» su cuarto por medio del gentío, haciéndola ver de tiempo en tiempo, acercando las hachas á su cara. Ha sostenido esta marcha y estas luces con gracia y modestia. Hemos llegado por fin á su cuarto, donde habia un gentío y un calor que ahogaban. La he enseñado de tiempo en tiempo á los que se aproximaban y la he contemplado yo mismo de todos modos para avisaros lo que me parece de ella. Tiene la mejor gracia y el talle más lindo que he visto jamas, vestida como para ser pintada y peinada lo mismo; ojos muy vivos y muy hermosos, párpados negros y admirables; la cabellera rubia más bella que se pueda ver, y muy abundante. Está delgada como conviene á su edad; su boca muy bermeja, los labios abultados, los dientes blancos, largos y desiguales; las manos bien hechas, pero del color de su edad. Habla poco, al ménos por lo que he visto, no la turba el que la miren, como persona que ha visto gente. Hace mal la reverencia y con un aire algo italiano. Tiene alguna cosa de italiana en la cara, pero agrada y esto lo he visto en los ojos de todo el mundo. Por mi parte estoy enteramente satisfecho. Se parece á su primer retrato y no al otro. Hablándoos como hago siempre, la encuentro cual se puede apetecer y sentiria que fuera más bella.

» Lo diré otra vez: todo agrada, excepto la reverencia; os diré algo más despues de cenar, pues observaré muchas cosas que no he podido ver todavía. Olvidaba deciros que es más bien pequeña que alta para su edad. Hasta ahora he hecho prodigios: espero que conservaré cierto aire desembarazado que he tomado, hasta llegar á Fontainebleau, donde tengo gran deseo de volverme á encontrar. »

Á las diez de la noche, ántes de acostarse, el rey añadia en posdata:

« Cuanto más veo á la princesa más satisfecho estoy. Hemos estado en una conversacion pública donde no ha dicho nada; con esto digo todo. Tiene el talle muy bonito, se puede decir perfecto, y una modestia que os agradará. Hemos cenado, en nada ha faltado y es de una urbanidad encantadora en todas las cosas; pero conmigo y mi hijo ha estado muy cumplida y se ha conducido como vos pudie-

» rais hacerlo. Ha sido muy mirada y observada, y todo el mundo
 » parece satisfecho de buena fe. El aire es noble y los modales finos
 » y agradables; tengo placer en deciros bien de ella, pues opino que,
 » sin preocupacion ni lisonja, puedo hacerlo y que todo me obliga á
 » ello. »

¿Me será lícito ahora emitir mi parecer? Ciertamente es que se habla de la modestia en uno ó dos pasajes de esta carta; pero es del *aire* modesto y del buen efecto que produce, y de la gracia que depende de él. Respecto á todo lo demás, es imposible ver en estas páginas otra cosa que una deliciosa descripción física, exterior, mundana, sin la menor preocupacion acerca de las cualidades interiores y morales. Evidentemente se piensa en ello, pero es tan poco en este caso, como viva la inquietud en lo que respecta al exterior. Que la princesa produzca buen efecto y agrade, que deleite, embellezca y alegre la Corte, y por lo demás que sea y obre como mejor le parezca, el rey su abuelo no le pide otra cosa: tal es la impresion que resulta para mí de esta carta.

Pero seríamos demasiado descontentadizos si fuéramos á pedir al gran rey una preocupacion que pertenecería á un padre de familia ordinario. La moral que se ha de sacar de esta primera carta no me parecería completa, no obstante, si no se pusiera enfrente una de las páginas más memorables de Saint-Simon. Un día, doce años después, la joven princesa había llegado á ser el ornato y el alma de la Corte, la única alegría de este interior del rey y de madama de Maintenon, de estos ancianos lúgubres. Estaba en cinta. El rey deseaba ir á Fontainebleau, y entre tanto quería realizar sus viajes de Marly. En una palabra, no toleraba que se le contrariase en nada en su modo de vivir habitual, y como su nieta le divertía y no podía estar sin ella, era menester que estuviera en todas las excursiones, costase lo que costase y aun con peligro de un accidente. Había ido pues con su abuelo á Marly, y el rey se paseaba después de la misa cerca del estanque de las Carpas, cuando llegó una de las damas de la duquesa muy azorada á decir al rey que, de resultas del viaje, la joven princesa estaba

en peligro de un malparto. Lleno de despecho, el rey anunció la noticia con una sola frase á los cortesanos que le rodeaban: « La duquesa de Borgoña ha malparido, » dijo. Todos comenzaron á exclamar y á decir que era una gran desgracia y que podría comprometer sus partos en lo sucesivo.

« Y aunque así fuese, ¿qué me importaría eso? interrumpió el
 » rey de repente muy enojado. ¿Acaso no tiene ya un hijo? y aunque
 » muriese este, ¿no está ya el duque de Berry en edad de casarse y
 » tenerlos? ¿y que me importa á mí que sean los unos ó los otros los
 » que me sucedan? ¿no son también nietos míos? — Y prosiguiendo
 » con impetuosidad: Si está en tal estado será porque tenía que es-
 » tarlo, y no se me opondrán ya, en mis viajes y en todo lo que tenga
 » ganas de hacer, ni las representaciones de los médicos ni las razones
 » de las matronas. Iré y volveré adónde se me antoje, y me dejarán
 » en paz. — Á esta especie de arrebató sucedió un silencio tal, *que se*
 » *podía oír volar una mosca.* Todos bajaban los ojos y apenas se atre-
 » vian á respirar. Se quedaron estupefactos; hasta los marineros y los
 » jardineros permanecieron inmóviles. Este silencio duró más de un
 » cuarto de hora. »

El que desee leer los pormenores y los accesorios de la admirable escena los hallará en Saint-Simon, que en este caso es nuestro Tácito, el Tácito de un rey no cruel, pero que lo fué ese día á fuerza de egoísmo y personalidad.

Si en la carta escrita en Montargis se hubiera deslizado un rayo de preocupacion moral en medio de todas las gracias exteriores y de todas las atenciones perfectas que se describen, Luis XIV no habría sido, al cabo de doce años de incesante intimidad, el abuelo odioso y duro que se acaba de ver para la madre de su heredero. Esta primera carta tan elegante y placentera en la apariencia, no contenía en el fondo más que vanidad, egoísmo de señor, mero cuidado de la reverencia y del decoro: al cabo de ella está la escena del estanque de las Carpas.

No reproduciré aquí los diversos retratos de la duquesa de Bor-

goña, que sería preciso trascribirlos de muchos libros y sobre todo de los de Saint-Simon; los encuentra uno convenientemente dibujados y rodeados de rasgos delicados en la *Noticia* de madama de Noailles (¡ oh Dios mio! se me ha escapado el nombre). La duquesa de Borgoña no era ni bella ni bonita, pero era más que eso. Cada parte de la cara, si se tomaba aisladamente, podía parecer defectuosa ó aun fea, y de todas esas fealdades, de todos esos defectos é irregularidades, arreglados y colocados por la mano de las Gracias, resultaba no sé qué armonía de la persona, un conjunto delicioso cuyo movimiento y torbellino os encantaba los ojos y el alma. En lo moral era lo mismo, y aquí me tomaré la libertad de ser ménos circunspecto que la autora de la *Noticia*. Parece demasiado, segun esta graciosa y discreta autora, que la duquesa de Borgoña fué una persona intachable y perfecta, y que la educacion de Saint-Cyr penetró realmente en ella. Pero no era así ciertamente. Verdad es que representaba un papel en *Atalia*; ¿pero por qué no habríamos de saber lo que pensaba de *Atalia* la niña caprichosa? Á propósito de estas representaciones de Saint-Cyr era cuando madama de Maintenon escribía: « ¡ Hé aquí que tambien *Atalia* se ha frustrado! La desgracia persigue á todo lo que yo protejo y amo. La señora duquesa de Borgoña me ha dicho que no obtendria éxito, que era una pieza muy fria, que Racine se habia arrepentido de ella, que yo era la única que la estimaba y otras mil cosas que me han hecho penetrar, por el conocimiento que tengo de esta Corte, que su personaje le desagrade. Ella quiere representar el papel de Josabeth, el cual no desempeñará como la condesa de Aven. » Y apénas le conceden el papel que desea, todo cambia, en un momento ha variado la perspectiva; esos son los bastidores de Saint-Cyr: « Está enajenada de gozo, continúa madama de Maintenon, y encuentra la pieza maravillosa. Representémosla, puesto que nos hemos obligado á ello; pero de véras que no es nada grato mezclarse en los placeres de los grandes. » La duquesa de Borgoña era de esa raza de los *grandes* cuya especie se va perdiendo de dia en dia y que presto será una raza desaparecida. Merece esta princesa permanecer siendo de léjos como

una de las representaciones más ligeras y seductoras en su carrera fugitiva.

Las Cartas suyas que se están publicando no son sino esquelas que no nos dirán mucho más de lo que ya sabemos acerca de su inteligencia; parte de estas esquelas fueron dirigidas á madama de Maintenon. Se ve en ellas que la princesa se arrepiente de la malhadada aficion que tenía al juego y que era general en la Corte. La Fare hizo notar muy bien en sus Memorias, escritas hácia el año 1699, que desde la muerte de madama Enriqueta, duquesa de Orleans (1670), el gusto á las cosas del ingenio habia decaido mucho en la brillante Corte de Luis XIV: « Es cierto, dice, que con la pérdida de esta princesa la Corte perdía en ella la única persona de su rango que era capaz de distinguir el mérito; y desde que murió no ha habido más que *juego, confusion y descortesía*. » Voltaire que ve el siglo de Luis XIV por el prisma de su infancia, protesta contra tal asercion; pero aun suponiendo que el dicho de La Fare sea un tanto exagerado, no por eso deja de ser exacta la advertencia. Hácia fines del reinado de Luis XIV reapareció, no hay duda, la aficion al buen tono y halló buena acogida en las pequeñas Cortes de Saint-Maur y de Sceaux; pero el grueso de la Corte seguia durante ese tiempo entregado á la bajeza, al sacanete y otros excesos, entre los cuales tenia su buena parte el del vino. La duquesa de Berry, hija del futuro Regente, no era la sola que entre las mujeres jóvenes de entónces se embriagaba. La misma duquesa de Borgoña, cuando fué á vivir con tal gente, tuvo trabajo en no incurrir alguna vez en estos vicios de la época, en esos descarríos, entre los cuales el más notorio y ruinoso era el sacanete. Más de una vez tuvieron que pagar sus deudas el rey ó madama de Maintenon.

« Estoy muy afligida, mi querida *tia*, escribía á madama de Maintenon (mayo de 1700), porque hago siempre tonterías y os doy motivo para que os quejéis de mí. Estoy resuelta firmement. á no jugar ya á ese malhadado juego que sólo sirve para perjudicar mi reputacion y disminuir vuestra amistad, lo que es para mí más precioso que todo. Os suplico, querida *tia*, que no habléis de ello,

» en caso de que persevere en la resolución que he tomado. Si faltó
 » á ella una sola vez, me alegraré mucho que el rey me lo prohíba, y
 » experimentar el efecto que tal impresión puede hacer contra mí en
 » su ánimo. Jamás me consolaré de ser la causa de vuestros males y
 » nunca perdonaré á ese maldito sacanete. Perdonadme, pues, querida
 » *tía*, mis faltas pasadas... Todo lo que desearia en el mundo sería
 » llegar á ser una princesa estimable por mi conducta, lo cual pro-
 » curaré merecer en adelante. Me lisonjeo de que mi edad no está
 » todavía demasiado avanzada ni mi reputación bastante empañada,
 » para que con el tiempo no pueda conseguirlo. »

Pedia su perdón con tan buena gracia y sumisión por escrito, con tanta urbanidad y monada de viva voz, que estaba muy segura de obtenerlo.

Los que con más severidad la han juzgado convienen además en que se corrigió con la edad, y que su voluntad, su rara inteligencia y el convencimiento del rango que iba á ocupar, triunfaron hácia el fin de sus primeros ímpetus y de sus petulancias: « Tres años ántes de su muerte (escribe la duquesa de Orleans, madre del Regente, mujer honesta y terrible que dice todas las cosas lisa y llanamente), la Delfina había cambiado enteramente en provecho suyo; no hacía ya escapatorias, *ni bebía tampoco con demasia*. En lugar de comportarse como un ser indomable, se había vuelto juiciosa y cortés, se conducía según su rango y no toleraba ya que las jóvenes damas se familiarizasen con ella, untando las manos en el plato... » Hé ahí unos elogios incómodos de que se prescindiría con gusto, pero todo se puede oír sin escrúpulo á esa distancia, y descartando el homenaje tributado á la persona que tuvo el don de encantar, conviene atreverse á ver las costumbres de entónces, tales cuales eran. Por mucho que cueste, es menester resolverse á salir del aposento de madama de Maintenon y de esa media luz de santuario. Se había hecho retratar á la duquesa de Borgoña con traje de dama de Saint-Cyr; pero no es ese el traje que la representa más al natural ni más verdaderamente...

En medio de todas estas ligerezas y niñerías, la duquesa de

Borgoña tenía cualidades serias y que lo eran cada vez más con la edad. Decía un día graciosamente á madama de Maintenon: « *Tía* mia, os debo infinitos favores, *pues habéis tenido la paciencia de esperar á mi razón*. » Indudablemente hubiera sido capaz de intervenir en los negocios y en la política. La manera como supo defender al príncipe su esposo contra la cabala del duque de Vendôme, la brillante revancha con que se desquitó en Marly, y el revés con que le chasqueó, hacen entrever lo que hubiera podido y lo que sabía hacer con perseverancia y destreza cuando quería una cosa de veras. Las pocas cartas que se publican de ella, dirigidas al duque de Noailles, y en las cuales dice que no entiende nada de política, probarían más bien que, si pudiera conversar más libremente que por escrito, tendría mucho gusto en mezclarse en ella. Hay aun otra cosa más grave, y no veo razón alguna para disimularlo: según cuenta Duclos, esta niña tan seductora y á quien tanto quería el rey, no por eso dejaba de hacer traición al Estado revelando á su padre, el duque de Saboya, que entónces se había hecho de nuevo nuestro enemigo, todos los proyectos militares que hallaba medio de leer: y con su familiaridad juguetona, con sus entradas á todas horas y en todas partes, estaba en la fuente para eso. El rey, añade el historiador, tuvo la prueba de esta perfidia por las cartas que encontró en el cofrecito de la princesa después de su muerte: « *La bribonzuela*, dijo á madama de Maintenon, *nos engañaba*. »

Á pesar de todo, ya comienza uno á deplorar que esta princesa, arrebatada á los veintiseis años, y cuya natural hechicería había encantado los corazones, no haya reinado al lado del virtuoso discípulo de Fenelon. El reinado de su hijo, de ese Luis XV que no supo ser más que un niño agraciado y que se mostró el más despreciable de los reyes, se habría aplazado dichosamente. ¿Pero de qué sirve rehacer la historia é imaginar lo que hubiera podido ser? Bien curados debiéramos estar de este achaque sobre todo en estos días. ¿No hemos visto venir, apenas hace quince años (1), al mismo palacio de Fon-

(1) Esto fué escrito en mayo de 1850.

tainebleau, adonde la jóven duquesa de Borgoña llegaba á la edad de once años, otra princesa, deseada á la vez que festejada, para casarse tambien con el heredero de la corona? Esta no era una niña de once años, y tenía elevacion moral, mérito verdadero y altas virtudes. ¿De qué sirvió todo eso? Hay no sé qué *fuera oculta*, ha dicho Lucrecio (otros con Bossuet la llamarán Providencia), que parece se complace en desbaratar las cosas humanas, trastornando de pronto el aparato establecido del poder, precisamente cuando se suponía que iba á funcionar mejor.